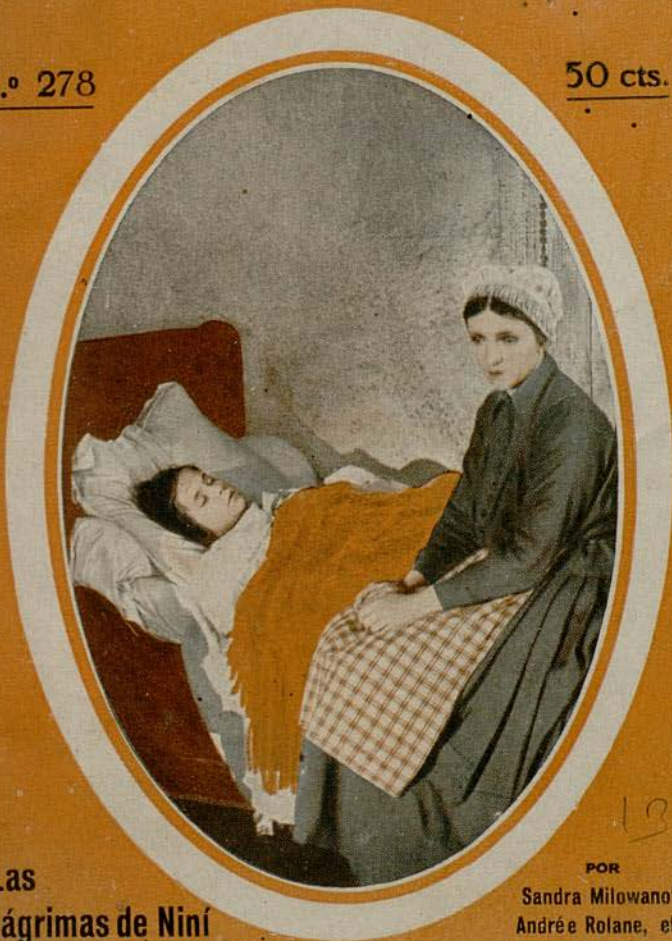




LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 278

50 cts.



Las
lágrimas de Niní

POR
Sandra Milowanoff
Andrée Rolane, etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 278

LAS LÁGRIMAS DE NINÍ

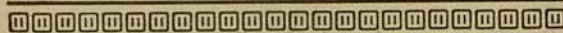
Interesantísima comedia dramática, interpretada por los célebres artistas

SANDRA MILOWANOFF, ANDRÉE ROLANE,
RENÉE CARL, PAUL JORGE, DANIEL MEN-
DAILLE, etc.

Exclusiva de L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
PATT O'MALLEY



LAS LÁGRIMAS DE NINÍ

Argumento de la película

Risas de niños, rayos de sol, trinos de pájaros... Los jardines ciudadanos en esta hora luminosa y pródiga, tienen un magnífico estallar de alegría y de ruidos. Bandadas gozosas de pequeñuelos revolotean por las grandes "pelouses", ebrios de claridad, de libertad y de juegos.

Y bajo un árbol sagrado, al lado de una institutriz, una niña delgada y elegante pliega las manecitas sobre el regazo y ladea melancólicamente la bella cabecita, más pálida bajo la sombra del sombrero. Es Niní, la única hija del matrimonio Dubuin, separado por hondas divergencias de carácter, que sufre las nefas-

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona

tas consecuencias de la disparidad de temperamentos de sus padres, y arrastra fatigosamente por la vida el peso de su infancia triste.

En su suntuosa mansión situada en una de las más lujosas avenidas de París, Héctor Dubuin, padre de Niní, sostenía una desesperada discusión con su esposa Claudina.

Héctor era un hombre de gustos sencillos, amante del hogar, de las ocupaciones de su profesión de ingeniero y de los goces puros de la naturaleza. En cambio Claudina, fruto de una civilización excesivamente artificiosa y refinada, no concebía la vida sin la borrachera del "jazz-band", sin la vanidad de las "toilettes" costosas y sin la deslumbradora orgía de los cabarets de moda.

—¡Esta existencia es insoportable!—exclamaba Héctor, suplicando un poco de serenidad a su esposa.

Ella, tendida perezosamente en un sofá, apoyada su cuidada y preciosa cabeza de muñeca de lujo en su mano, hizo un gesto de impaciencia.

Héctor se retiró y pronunció fría y fríamente pero con un destello de imploración en los ojos:

—Yo necesito volver a Marruecos, donde me llaman mis asuntos. Si tú consientes en acompañarme, todavía allí, lejos de este ambiente artificial y viciado, podremos ser dichosos.

Esperó, mirando ansiosamente a Claudina, que se levantó con un adusto asombro al oír estas palabras. Se encaró con Héctor y contestó desdeñosamente:

—¡Pero estás loco, hijo mío! ¡París es mi vida y me negaré a abandonarlo!

Un desaliento enorme agobió a Héctor. Se repuso y dijo:

—Bien. Lo que gustes... Pero ten en cuenta que esta negativa significa el divorcio.

Y salió de la sala. Claudina se abandonó sobre la otomana, algo preocupada pero resuelta en su tenaz decisión.

Mientras tanto, en el gran jardín lleno de algarazas infantiles, Niní, la víctima de la incompatibilidad de sus padres, contemplaba con nostalgia la felicidad de los otros niños que tenían padres que iban a recogerlos y se los llevaban amorosamente en los grandes automóviles. A ella, a la pobre Niní, nadie vendría a buscarla, y regresaría sola con la institutriz a su casa, llena el alma de su amargura precoz de niña olvidada...

Una mañana, sin pensar en las lágrimas inocentes que causaba su decisión, Héctor partió hacia el África lejana.

Niní, loca de pena, abrazaba desesperadamente a su papá que había ido a su habitación a despedirse de su hijita. Y el joven, terriblemente emocionado, procuraba consolar el dolor de la pequeña, ahogada por los sollozos y la angustia.

—¡Papá, papáito mío! ¡Yo no quiero que te vayas! ¡Papá, no me dejes sola!

Pero Héctor, dominándose heroicamente, dió el último abrazo a su hija y se marchó. Aun hasta la puerta le siguió Niní para recibir la caricia final, y cuando su padre hubo desaparecido tras de la puerta, la pobre pequeña se desplomó al suelo anonadada por el dolor.

A su alrededor, sus muñecos, sus gatos de trapo y sus fantoches de madera, parecían tener fisonomías comprensivas y también apenadas. Y Niní murmuró, mirádoles a todos como a confidentes queridos:

—¡Qué solos nos quedamos!... ¡Ya no tenemos papá!

Y Héctor Dubuín, mientras tanto, se instalaba en un vagón del tren que le conduciría a su remoto destino, tan lejos del hogar, del reposado recogimiento y del cariño que eran sus más caras ilusiones.

*
**

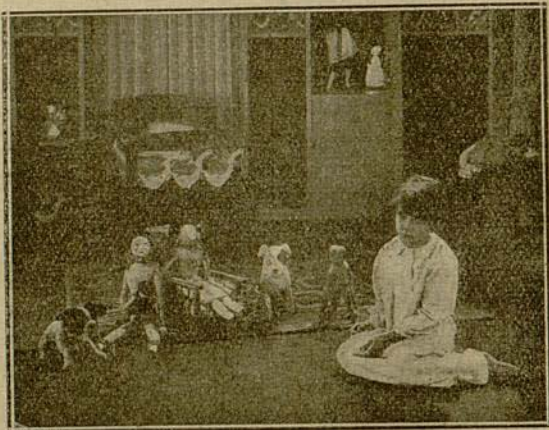
Bajo el cielo luminoso de Provenza, entre la pomposa y solemne majestad de los grandes árboles y el encanto magnífico de las flores, se alzaba, suntuosa y severa, la casa solariega de los Dubuín, residencia del señor Dubuín, padre de Héctor y abuelo de Niní. La nieve de sus cabellos había puesto en su alma indulgencia y comprensión, y desengañado y fatigado del ruido del mundo, buscaba en la soledad y el retiro los goces puros del espíritu. Era un anciano caballero, lleno de una venerable dulzura y de sonrisa de apóstol.

La única compañía del señor Dubuín era Juana Lapierre, el ama de llaves, una arpía rechoncha y tiesa, dura y egoísta, que había tenido, sin embargo, la suficiente hipocresía, la suficiente habilidad para apoderarse, durante sus largos años de servicio, del ánimo de su anciano señor.

El señor Barrault, notario del pueblo, penetró en el despacho del señor Dubuín, melosamente introducido por la astuta dueña, y sacando unos papeles de su cartera los mostró al anciano, diciéndole:

—Aquí traigo el borrador de la escritura de donación.

Leyó el notario:



—¡Qué solos nos quedamos!... ¡Ya no tenemos papá!...

...Y deseoso de premiar los buenos servicios de Juana Lapierre, el señor Dubuín hará donación a Martina Lapierre, su hija, de una suma de trescientos mil francos.

Juana se estremeció y en seguida empezó una colección de ademanes arrobados de gra-

titud y de emoción para testimoniar al señor Dubuín su reconocimiento.

Prosiguió Barrault:

...cuya renta no disfrutará Juana Lapierre hasta que su hija tenga la mayor edad.

Una ligera contrariedad atenuó la efusión de los gestos de la señora Lapierre. Pero se repuso inmediatamente y los reanudó con mayor entusiasmo.

El señor Dubuín sonrió complacido y manifestó:

—Con eso pretendo agradecerle su cariño, Juana...

—...Un cariño que mi hijo hubiera podido darme, si no se hubiese casado contra mi voluntad — añadió luego melancólicamente.

Barrault se despidió y ofreció:

—Yo extenderé cuanto antes la escritura y se la traeré para que usted la firme.

Se despidió, y Juana le condujo hasta la puerta, reverenciosamente. Al abrirla, por poco se cae la pequeña Lapierre, Martina, la hija de la arpía, que se hallaba escuchando detrás de la puerta cuando salió su madre con el notario. Martina había heredado la hipocresía y la malignidad maternas, y su gran ambición, inculcada en ella un día y otro día, era llegar a ser una señorita rica.

La madre le dirigió al sorprenderla una mirada furibunda, pero se retuvo y la supo

transformar en una caricia, mientras sonreía agasajadoramente al señor Barrault.

... ..

En espera del divorcio del matrimonio Dubuin, se acordó que Niní fuese a vivir a casa de su abuelo, y ahora, mientras las camareras preparaban las maletas y los baúles, Claudina vestía a su hijita que lloraba desconsoladamente abrazándola sin cesar.

—No llores, tontina — le decía Claudina besándola, conmovida—; no estaremos separadas del todo... tú me escribirás, yo iré a verte...

Cuando todo estuvo dispuesto, tomóle Claudina la mano, y Niní marchó resignada a su nuevo y desconocido destino.

Y así, un buen día se presentó Niní en casa de su abuelo, a quien nunca había visto. Juana Lapierre, que había ido a recibirla, contrariada y altiva, despidió a la institutriz de la niña:

—Puede usted volverse a París en el tren de mañana por la mañana.

Y se llevó a la pequeña. Niní penetró en la habitación donde la esperaba su abuelo, lentamente, con los ojos fijos, absortos, en aquel anciano que no había visto nunca y que la inspeccionaba ávidamente. El le tomó la manita y le dijo unas palabras banales.

Entonces la pobre pequeña se deshizo en llanto.

—¿Por qué lloras, hija mía? — preguntóle afectuosamente el señor Dubuin.

Niní trató de aguantarse los sollozos, y entre el turbión de lágrimas, salieron unas palabras pueriles y sinceras:

—Porque... no le conozco a usted...

El abuelo la atrajo, la abrazó y la sentó sobre sus rodillas. El dolor profundo de aquella criatura le había hecho olvidar el recuerdo de su madre, de la mujer de su hijo, que él había repudiado, y a la que la fina elegancia de la niña había evocado.

Ahora, Niní, sintiéndose acogida, se refugiaba gozosa en el cariño del bondadoso anciano.

Sobre el escritorio, los ojos de la niña distinguieron una fotografía: ¡Su padre! Y todo su entusiasmo, todo su cariño estallaron en su cuerpecito ágil, que el abuelo había recogido en sus rodillas venerables. Y saltando, alegre de súbito, como si el retrato de su padre querido y lejano fuese ya una compañía para ella, en aquella casa desconocida y que le había parecido hostil, corrió hacia el extremo del escritorio donde estaba la fotografía. La contempló refugiándose en ella, hundiéndose en la ternura del padre evocado por el retrato, y besándolo temblorosa, preguntaba:

—Es papá, ¿verdad?

Asintió sonriendo el señor Dubuin, y Niní,

loca de dicha, fué a mostrar el retrato a la hosca señora Lapierre que permanecía altiva y desdenosa, al lado de su hija, tan ridícula y artificial como ella.

—¡Oh, yo tengo también retratos de papá! —exclamó Niní, animada y familiarizada ya con aquella casa en donde se quería a su padre.

Y la pequeña salió en busca de su equipaje para sacar los retratos que traía de su papáito.

Entonces, el señor Dubuin, dejándose invadir por la bulliciosa candidez del encanto de la niña, comentó dirigiéndose a su ama de llaves:

—¡Pobrecita, es monísima!

Sólo un instinto servil de adulación, impulsó a la hipócrita Juana Lapierre a aprobar el elogio que el anciano señor dedicaba a la pequeña intrusa para ella, que ya empezaba a molestarla.

Y en las amplias escaleras Niní se detenía ante su bagaje que conducía la criada de la casa, María Lormedu, víctima directa y sufrida de las ogreñas de la señora Lapierre.

María era una joven envejecida prematuramente por el sufrimiento y la mansedumbre; era rubia, y su cara tenía un inefable aire de ternura de Angel.

Pero Niní apenas tuvo tiempo de verla. Se echó como un pequeño remolino encima de sus maletas. Las abrió y empezó a destriparlas sin

piedad. Todos sus infantiles trapitos revolotearon por el suelo bajo el nervioso tirón de las manecitas ansiosas. Y pronto todo el ancho rellano estuvo alfombrado de breves ropitas blancas.

Entonces llegó el notario Barrault que venía a someter a la firma del señor Dubuin, la escritura de la donación a la pérfida Lapierre. Esta se adelantó a recibirle, y sus ojos temblorosos de ira observaron todo el blanco desorden con que inundaban la severa escalinata las ropas de la nieta del señor Dubuin. Pero no quiso desaprovechar con una interrupción, el tiempo precioso que la conduciría a la fortuna, e introdujo rápidamente al notario en el despacho del señor Dubuin.

Desgraciadamente para la impaciente Juana Lapierre, Niní entró al poco rato en la estancia, saltando y piando de gozo como un pájaro.

—¡Mira, mira abuelito, qué precioso retrato de mi padre!

Se echó en sus rodillas y se arrebujo en el pecho del buen señor, parado por la dichosa inquietud de la preciosa nietecita, que hablaba hablaba, con su verbo inagotable, fecundísimo, ingenuo y cálido de niña vehemente.

Fué inútil que Barrault intentase obtener la atención del señor Dubuin, completamente absorbido por Niní.

—Dispéñeme, señor Barrault, pero hoy estoy muy ocupado y no puedo atenderle—de-

claró por fin el abuelo, excusándose con el espectáculo encantador de aquella criatura que le rebullía en las rodillas, como un torbellino de gracias.

—¿Quién es esta niña?—inquirió el notario, un poco humillado.

Y le señor Dubuín respondió, con un dejo de orgullo inocultable:

—Mi nieta.

Juana Lapierre se desesperaba. Aquella chiquilla venida inesperadamente de París, prometía turbar completamente el dominio que ella había ejercido hasta entonces sobre el bondadoso señor Dubuis, al que acabaría por conquistar totalmente. Y todas las esperanzas que la insaciable ambición de la detestable mujer había ido acumulando en torno de la herencia del anciano, se desvanecían a la llegada de aquella entrometida nieta, como las tinieblas bajo la luz. Y ahora el furor del ama de llaves sólo maquinaba un medio para hacer pagar a Niní el primer contratiempo que le había infligido, al impedir inocentemente que el señor Dubuín autorizase la escritura que le concedía la magnífica suma de trescientos mil francos.

Después de haber acompañado a la puerta al notario, Juana Lapierre se encontró en las escaleras con María Lormedu, que acababa de recoger las ropas que Niní había desparramado, y toda su rabia se asomó entonces en una

recriminación a la paciente conducta de la humilde sirvienta.

Martina Lapierre se acercó a su madre, atemorizada por su expresión de contrariedad, y preguntó, poniendo una cara anhelosa e idiota:

—Mamá, ¿y ahora ya no seré una señorita rica?

—Creo que no hay todavía por qué perder las esperanzas, hija mía.

Pasaron los días. Y Niní, columpiándose lentamente en el gran parque de la heredad, reflexionaba melancólicamente, y en aquellos momentos de soledad, pensaba que en su nueva vida había cosas que no comprendía bien. Y recordaba que un día que estaba jugando a pelota en el "hall" de la casa, Juana Lapierre había venido y le había quitado la pelota. Otro día acariciaba en el jardín a dos lindos cachorros de perro, y la terrible ama de llaves había venido también a llevárselos. Otra vez cortaba flores en el jardín y ella también había aparecido, quedándosele brusca-mente el ramo que cortaba para su abuelito y diciéndole furiosamente:

—¡Te prohíbo que toques las flores!

Y siempre la sombra negra y siniestra de aquella mujer implacable, persiguiendo todas sus expansiones, destrozando todas sus pequeñas alegrías, como un pajarraco de noche, que se tragase a los gorrioncitos. Y Niní evocaba en contraste las horas risueñas del hogar

deshecho, cuando su padre la revolcaba en los divanes, enterrándola bajo los almohadones, cuando su querida mamáita le vestía a las muñecas...

Nini inclinó tristemente la rubia cabecita, recostándola en la dura aspereza de las cuerdas del columpio. Suspiró. ¡Señor, qué lejos aquellos tiempos de su casa añorada! ¿Hasta cuándo estaba condenada al horrible castigo de la compañía de aquella bruja feroz?

**

Mientras tanto, en las noches luminosas de París, Claudina Dubuin se entregaba a los brazos devoradores de la frivolidad, vivía intensamente su vida, satisfecha de verse libre del yugo opresor del matrimonio. Y prodigaba en los salones nocturnos de los hoteles de lujo, su belleza serena y despreocupada, admirada por unos cuantos amigos banales y desalmados, que acechaban su indefensión de mujer sola, codiciosamente.

Un momento, una "amiga" cariñosa preguntó intencionadamente:

—Y tu niña, ¿dónde la tienes?

Claudina comprendió, y respondió volviendo inmediatamente la cabeza:

—Está pasando una temporada en casa de su abuelo.

Y desvió diestramente la conversación.

Pero todavía la galante oficiosidad de un Don Juan de cabaret, insinuó, buscando la sensibilidad sentimental de la presa oteada:

—Debe sentirse usted muy sola. ¿verdad?
Claudina bajó la cabeza.

En el lejano pueblo provenzal, Niní sufría todos los rigores del odio brutal de Juana Lapierre, que se prolongaba hasta la escuela miserable y tétrica, donde la maestra, un juez seco y arbitrario, que se hacía temer por la crueldad y no respetar por la dulzura, parecía a la infortunada Niní una obsesionante y angustiada perpetuación de la tirana de la casa.

Para completar el suplicio de la pobre niña, sus compañeras de clase, entre las que figuraba, como un genio perverso inspirador, la malvada Martina Lapierre, se ensañaban en su paciencia y la hacían blanco de sus infames jugarretas. Así, cuando la infeliz criatura trataba de enhebrar una aguja para empezar su costura, sus compañeras le daban un codazo que hacía que la aguja, en lugar de admitir el hilo que Niní pugnaba por hacerle pasar, se clavaba en sus tiernos deditos. Y la niña, resignada y dolorida, callaba y sufría.

Una de las discípulas cogió al fin su dedalito que ella había dejado encima del pupitre y lo echó dentro del tintero. Niní, horrorizada, quiso recuperarlo, y hundió sus dedos en el angosto recipiente. Pero sus esfuerzos hicieron al fin volcar el tintero, cuyo contenido se derramó sobre la madera en declive del pupitre. Para detener el chorro de tinta que iba descendiendo, Niní, azorada, horrorizada, mojó en él su labor, luego su vestidito, mientras

su angustia y su desesperación hacían más imposible toda salvación del castigo que le aplicaría la maestra al darse cuenta de su desgracia.

Pronto las risas crueles de las otras colegialas advirtieron a la profesora, que escandalizó terriblemente a la pobre pequeña. Niní imploraba perdón, retorciendo sus manecitas manchadas, palpitantes de terror los labios exangües y extraviados los ojos en la palidez de la cara llena de grandes tiznajes.

Cuando se hubo retirado la maestra, Niní quedóse anonadada. Pensaba con espanto en la furia de la señora Lapierre cuando la viese llegar en aquel estado, y sentía su cuerpo recorrido por largos escalofríos.

De súbito, su cabeza se dobló hacia atrás, bajo la violencia de un tirón de pelos, y Niní vió la cara rabiosa de una compañera que insultaba su mansedumbre con una irrisión:

—¡Acusona, acusona!

Niní lloró, al fin, vencida y extenuada de tanto martirio.

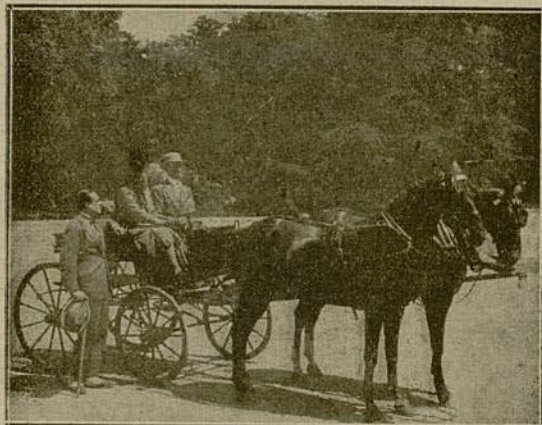
**

En París, ajena a los sufrimientos de su hija, a la que creía mimada y atendida exquisitamente en casa de su suegro, Claudina Dubuin seguía su vida elegante y disipada. Aquella mañana en el bosque de Bolonia su "charrette" se detuvo ante Mauricio Bertrand, el "flirt" de Claudina, uno de esos galanteadores de profesión, que creen que la virtud femenina es un mito.

Pero Claudina tenía en su frivolidad y en su ligereza, la serenidad de su orgullo y de su dignidad; y quien sabe si también por un poco de coquetería y por este gusto perverso que encuentran las mujeres en la humillación del que las glorifica, la esposa de Héctor Dubuin fustigó al tronco que conducía su coche, que pasó rápido ante el furioso asombro del donjuán.

Mauricio, intensamente mortificado, advirtió en el paseo a su amigo Nordier que había estado observando la escena que acababa de tener lugar entre ellos, y se dirigió al caballe-

ro nerviosamente. Sonrió. Nordier le contemplaba con un dejo finísimo de sorna, con esa desconfianza burlona que sentimos ante los experimentos que no resultan inmediatamente.



...la "charrette" se detuvo ante Mauricio Bertrand, uno de esos galanteadores de profesión...

—Yo le aseguro a usted, amigo Nordier— afirmó osadamente Mauricio, comprendiendo la compasiva y desdeñosa mirada del otro—, que antes de poco tiempo seré vencedor.

Mientras, la desgraciada Niní salía de la

escuela anegada en tinta y en desolación. La esperaba, afuera, un grupo de condiscípulas, capitaneadas por la cruel Martina Lapierre, que se preparaban a escarnecer y a continuar el tormento de la infortunada niña. Cuando la divisaron, empezaron a lanzar palabras burlonas e insultantes, referentes a su sucia indumentaria y a su tristeza, hasta que echándose encima, empezaron a malpararla brutalmente. Una voz de la maestra, alarmada por la gritería, las dispersó, y en el suelo, como un guñapo hollado quedó Niní, dolida y desfallecida de amargura.

Pero Dios reserva un consuelo para cada pena, y el dolor de la pobre niñita, tenía un espectador piadoso y amigo: Tulita, la niña más pequeña de la escuela y la más pobre también. Por eso, quizá, sentía por los débiles una instintiva y profunda simpatía.

Se acercó Tulita y con una presteza cariñosa y humilde, sacudió las refregadas ropas de Niní, le dió su bolso, colocó su sombrero y le puso un beso en la mejilla, diciéndole:

—¡Pobrecita!... Tú no sabes tratar a esas fieras; ya te irás acostumbrando.

Por la gran avenida del parque de la casa, vió María Lormedu vacilar toda la derrota de su pequeña Niní. Y corrió a buscarla. La besó y se la llevó en seguida.

Pero ya Martina se había apresurado a contárselo todo a su madre, que penetró airada, aunque complacida en el fondo de en-

contrar motivos para anatematizar a la pobre criatura y desentronizarla del corazón del señor Dubuín, en la cocina, donde María lavaba la cara y las manos de su amigueta, para borrar su malhadado accidente. Furiosa, Juana Lapierre increpó a la criada:

—¿Quién le ha mandado meterse donde no la llaman?

Niní suplicó clemencia al ogro, desesperada y febril, pero fué en vano. Juana la condujo a la presencia del señor Dubuín, que sintió anulada su severidad ante la compunción de la niña, y sonrió. Niní quiso bendecir con sus caricias el rostro venerable, pero la decepción cruel y los celos egoístas de la arpía apartaron rudamente sus manos, aún manchadas de tinta.

—¡Estáte quieta!... ¡No le toques con esas manos!

Se la llevó de prisa y la devolvió al cuidado de María Lormedu. Y la bondadosa muchacha coronaba de espuma suave las manecitas ennegrecidas de Niní y las acariciaba frotándolas.

El ojo bárbaro y rencoroso de Juana vigilaba, y la ternura de María la hizo exclamar:

—¡Vivo! ¡Ya te enseñaré yo cómo tienes que lavarle las manos!

Y apoderándose con sus garfios de las blandas manitas infantiles, las fregoteó bru-

talmente, haciendo gemir a la criatura, de dolor.

Después sacó de un armario un gran delantal anodino, a rayas, anticuado y fachoso, y se lo entregó a María, para que lo pusiese a la niña.

Pero cuando Juana Lapierre hubo salido, Niní se rebeló, protestó, detestó el delantal ridículo de Martina, probablemente, y toda su ingénita elegancia de muñequita de París se resistió en un grito:

—¡Yo no quiero ir vestida de mamarracho!

Fueron inútiles todos los esfuerzos de María. Niní rechazó enérgicamente, invenciblemente el vestido estrafalario, última imposición de la voraz tiranía de la perversa ama de llaves.

.....

Al día siguiente, María entró en la habitación de Niní con el delantal en el brazo. La invitó a ponérselo, y Niní rehusó decidida y tenaz otra vez.

Lo cogió al fin para comprobar su ajeja y pueril extravagancia, y al abrirlo sobre su pecho, vió que la insulsez del vestido de uniforme asilero se había animado, se había endulzado en los blancos encajes de un cuello nuevo; y que ahora las rodillas ya podían asomarle por debajo del borde.

María la observaba suplicante. Y Niní comprendió entonces que en ella tenía a una amiga sincera. La abrazó mientras la buena joven



—¡Yo no quiero ir vestida de mamarracho!

le abrochaba amorosamente el triste delantal transformado por su cariño.

Cuando Niní iba aquel día a la escuela, al

atravesar una calle, salió de su casa su amiguita Tulia, que marchaba contenta, después de recibir el beso de su madre.

—¡Niní! ¡Niní!—llamó Tulia, corriendo hacia la pequeña.

Martina quiso impedir que Niní se uniese a la pobre niña, pero salió mal parada de su intrusión, pues Tulia conocía muy bien el arte de las palizas bien dadas, y la mejor de todas las que había producido hasta entonces se la llevó la infeliz señorita Lapierre, obsequiada por postre, con unas grandes muñecas lenguetudas que le dedicaron pródigamente Tulia y Niní. Desde aquel día, las dos niñas se unieron inseparablemente en sus viajes al colegio.

Y una mañana, en el prado, Niní hacía muñecas de trapo sentada junto a María, que había llevado a pasear a la nieta del señor Dubuin y a la hija de Juana Lapierre, y que a menudo levantaba la mirada de la labor, para ponerla en los objetos que Niní le mostraba.

Por fin, Niní acomodó a sus muñecas en su carrito, y Martina pidió que se lo dejase un momento. Niní accedió, con su bondad y su inmaculada candidez de niña, y Martina se llevó sus queridos juguetes.

—¡A la una, a las dos!...—gritó el cachorro de la Lapierre.

Niní se volvió. La malvada chiquilla, riéndose páfidamente, daba impulso al carrito, pa-

ra abandonarlo después, rodando, por un desmonte que se cortaba a dos pasos.

Niní dió un alarido. María voló para impedir la mala acción de Martina, pero ésta



Por fin Niní acomodó a sus muñecos en su carrito...

apresuró su intención y soltó el carrito de Niní, que se despeñó por el desmonte.

Bajó María rápidamente a recogerlo, y cuando subía; vió a Niní, armada con un palo, vibrante y firme, que vengaba a sus queridos juguetes, castigando a Martina.

Esta salió desgreñada y llena de cólera corbarde, de la ira de Niní, apartada por María, prometiéndole que se resarciría plenamente.

Cuando Niní llegó a casa, recibió ella misma una carta. Se paró la niña, palpitante de emoción y de ansiedad, y contempló el sobre a su nombre, en cuya letra reconocía a su mamá. Niní saltó de gozo. Pero la sombra inevitable de todas las luces de su alegría que surgía constantemente para empañarlas, brotó también esta vez, y la tirana Juana Lapierre exigió imperiosamente su carta a la niña.

Niní se rebeló abiertamente:

—No, señora; no os la daré; ¡es mía, es de mi mamá!

Y subió presurosa, anhelante de leer las palabras de su madre, y se encerró en su habitación. Quiso que todos sus amigos sintiesen también un poco de su felicidad y les mostró la carta. Y le pareció a Niní que la cara del pelele de terciopelo se abría en sonrisas, que resplandecían los bucles amarillos de la muñeca de seda, que brillaban los ojos del inverosímil perro de serrín y que una alegría estremecía la madera del mono despanzurrado y absorto.

Leyó:

“Queridísima Niní: No me escribes tan a menudo como me prometiste. ¿Por qué? Deseo saber de ti. ¿Eres buena? ¿Estás contenta lejos de tu mamita.”

Niní, conmovida y dolorida de súbito, por los recuerdos que le sugerían las palabras de su madre, recostó su cabeza en la silla. Se sintió abandonada y triste, y quiso refugiarse en el cariño de su mamita.

Se acercó a la mesa, miró a sus muñecos compadeciéndolos, y escribió:

“Querida mamá: Soy buena, pero soy muy desgraciada. Martina es mala; me pega y hace que me castiguen en la escuela, y además, siempre tengo a mis espaldas a esa bruja de la señora Lapierre...”

Pero en aquel momento se abrió la puerta y apareció tras ella la tenebrosa y recia silueta de la mujer odiosa. Se aproximó lentamente y vio que Niní estaba escribiendo.

—¿Para quién es esta carta?

—Para mi mamá—respondió sorprendida y aterrada la criatura.

Juana se apoderó inmediatamente del papel y su fisonomía se contrajo furiosamente al leer los comentarios que la pequeña confiaba a su madre acerca de ella. Estrujó rabiosa el papel y dijo:

—¡Escribe lo que voy a dictarte! Tu mamá no ha de recibir más cartas que las que yo te diga.

Quiso resistirse Niní, pero el terror que le producía aquella mujer sugestionó su ánimo, y tomando entre sus manitas temblorosas la

pluma, copió las palabras que le dictaba la infame Juana:



—¡Tu mamá no ha de recibir más cartas que las que yo diga!

“...estoy muy contenta en esta casa, donde todos me quieren mucho. Martina es mi mejor amiguita...”

—¡Firma!—ordenó el ama de llaves.

Niní tuvo aún una vacilación de protesta. Pero dominada por el miedo a Juana, puso su nombre al pie de aquellas palabras inversas...

Juana se retiró, llevando la carta que había obtenido de la pequeña, y ésta, cuando se halló sola, sintió que una oleada de cólera castigaba, humillándola, su cobardía. ¿Por qué había accedido a las falsedades de la malvada?

Y su furor se prodigó en sus amigos, en sus inmóviles compañeros los muñecos. Y el pelele se reventó en el suelo, el perro cayó en un remoto rincón, la muñeca se deshizo por la alfombra como un guiñapo... ¡Pobrecita Niní!

Encima de la mesita, la mirada vaga y ardiente de Niní descubrió la caja de rapé de Juana Lapierre, y de repente una idea traviesa y ejemplar encendió en los labios de la pequeña víctima una sonrisa de regocijo.

Cogió la caja y bajó sigilosamente al comedor. Abrió el armario y tomó unos pellizcos de pimienta. Cerró otra vez, y buscó, riendo de complacencia, a la señora Lapierre.

Esta se hallaba en el jardín leyendo el periódico al señor Dubuin, y Niní se les acercó tímidamente. La señora Lapierre tomó la caja olvidada que le devolvía Niní, y la niña corrió en seguida a observar detrás de una escalinata los efectos de su jugarreta. ¡Con qué gusto se anticipaba la ridícula visión de la arpia sacudida por los estornudos ininte-

rumplibles que le provocaría la aspiración del rapé mezclado con pimienta!

Y vió que Juana, obsequiosamente, ofrecía la caja al señor Dubuin, rogándole que tomase un poco de rapé. Niní se horrorizó. ¡Señor! Ahora sería su abuelo, su querido abuelito, el que sufriría las consecuencias de su travesura! Y decidida a impedirselo, se arrojó a sus rodillas y sin poderse contener desvió violentamente la mano de Juana Lapierre, que sostenía la caja, en la cual iban a hundirse los dedos del señor Dubuin. Cayó disparada la malhadada caja, ante el estupor del abuelo y de Juana, que en el fondo se alegraba de aquella incongruencia de la niña, que sería tan reprendida por el abuelo.

Efectivamente. El señor Dubuin contemplaba enfadado a Niní, que en su confusión no acertaba a hallar una justificación a su acto.

—Abuelo... abuelo... yo...

Suplicó con la sinceridad de su mirada; pero el señor Dubuin estaba demasiado airado, y no comprendió. Entonces prorrumpió Niní, valerosa y vehemente:

—¡Abuelo... yo no quiero que tomes esa porquería!

El señor Dubuin no quiso escuchar más. Se levantó, y Niní quedó anonadada de pena, mientras la bruja Lapierre exclamaba disgustada:

—¡Realmente, esta niña se está volviendo cada día peor!



En su dorado París, Claudina abría los ojos a la mañana, envuelta en los encajes de sus ropas de noche y del lecho suntuoso, y recibía la carta de su hijita, en cuya lectura se sumió, olvidando todas las demás ocupaciones.

La carta de Niní confiaba:

“Querida mamá: Estoy muy contenta en esta casa, donde todos me quieren mucho. Martina es mi mejor amigueta y la señora Lapierre me trata con tanto cariño como tú...”

Y las hipócritas palabras que la perversa Lapierre había obligado a escribir a Niní, tranquilizaron a Claudina.

Cuando la camarera le avisó que Mauricio Bertrand la llamaba al teléfono, Claudina, que entregaba entonces sus pensamientos al recuerdo de su hija, contestó displicente, distraída:

—Dile que hoy no tengo ganas de salir.

Y una vez más el amor de madre vencía en el ligero corazón de Claudina, al amor del mundo.

Niní, entretanto, se hallaba reclusa en su habitación, donde había sido castigada por su arranque incomprensible, a la dura penitencia del pan y agua.

No obstante, Dios quiso que todas las cruces tengan un Cirineo, y en aquel momento, la puerta que acababa de abrirse cautelosamente, dejaba paso a María Lormendu, el buen Cirineo que ayudaba a Niní a arrastrar la enorme cruz de las crueldades y las intrigas de Juana Lapierre.

Envueltos en su delantal, traía María confituras, vino, frutas y pan tierno, que dejó encima de una silla. Después de besar amorosamente a Niní, sentóse a su lado encima de la cama, y empezó a darle a cucharadas la mermelada, endulzándola más con sus frases de consuelo y cariño.

De súbito, la sonrisa que ya comenzaba a florecer en la acongojada boca de Niní, se cuajó de espanto. Acababa de entrar Juana Lapierre, chispeantes de odio los ojos, y mascullando su indignación en improperios hacia la dulce María.

La bondadosa sirvienta, consternada, salió precipitadamente, y la cruel mujer se llevó, con una mirada de desprecio, la comida que María había subido a su amiguita.

Ante el señor Dubuin, Juan Lapierre se quejó de la conducta de María Lormedu:

—Va a ser necesario despedir a María...
¡Cada día trabaja menos y desobedece más!

Niní lloraba y pedía al Cielo misericordia para su sufrimiento.

.....

Llegó la Fiesta Mayor del pueblo, y aquel suave remanso de paz se pobló de estridencias y de tentaciones. Rodaban turbulentamente los odeones de cartón pintado de los caballitos, y en las ferias había irrumpido la inevitable plaga de los embaucadores.

Y una vez más, la pobre Niní estaba castigada.

Las calles austeras y caducas del villorrio se inundaban de una alegre juventud ávida de solaz y de fiesta, y los típicos bailarines provenzales se dirigían bulliciosamente a la plaza Mayor, para empezar sus danzas.

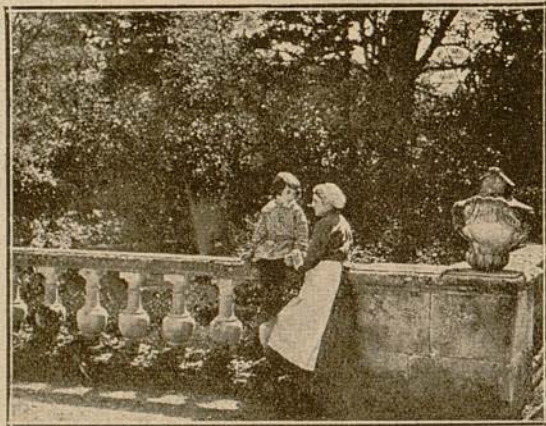
Niní, reclusa en casa, paseaba su tedio y su añoranza por los grandes jardines, descansando la calentura de su cabecita en el mármol de las balaustradas.

María se le acercó silenciosamente. Le acarició la blonda melenita y la compadeció, con una ancha mirada de ternura.

—¡María, llévame al pueblo!—suplicó la ni-

ña, fervorosamente—. ¡Tengo tantas ganas de ver las fiestas!

—¡Pero lo que quieres es imposible, Niní!
—se resistió María, con el alma rota, ante la



Y una vez más la pobre Niní estaba castigada.

imposibilidad de complacer el deseo de su pequeña amiga—. ¡Bien sabes que la señora Lapierre nos prohibió terminantemente salir!

Niní se apartó de los mimos con que la pobre muchacha pretendía consolarla, con ostensible enfado. Se recostó en la baranda de

la escalinata y quedó sumida en las grandes tinieblas de su aburrimiento y de su tristeza.

María, dominada por su piedad y por su cariño hacia Niní, cedió. Salieron. La niña volaba gozosa, ansiosa, por las calles, como un pájaro recién soltado de una jaula. Hablaba riendo y feliz y tenía grandes miradas de asombro para todos los espectáculos que se ofrecían a sus ojos.

En cambio, María Lormedu, arrastrada por la mano nerviosa de Niní, estaba pálida y chupada de terror, de angustia, y sus miradas huían despavoridas a todos los rincones, con el temor de descubrir la odiosa figura de Juana Lapierre.

—¡Volvámonos a casa!—imploraba María—. ¡La señora Lapierre podría vernos!

Esta, acompañada de su hija, se hallaba entonces contemplando la danza de una gitana. Desde el otro lado de la calle, Niní miraba también a la bailarina húngara, dando exclamaciones jubilosas. Pero de pronto, la mano de María Lormedu, que guardaba la suya, se le quedó yerta. Volvióse para verla, y se asustó: María fijaba sus ojos desorbitados de espanto, hacia una dirección que siguieron también los ojos de la niña. Y esta vez fue ella la que se horrorizó: ¡la señora Lapierre estaba allí, a dos pasos de ellas!

Martina había visto a las dos escapadas, y se apresuró a advertírsele a su madre:

—¡Míralas!

—¡Oh, las sinvergüenzas!—bramó de cólera Juana.

Ante la ira de la perversa mujer, la humildad de María Lormedu sólo halló estas palabras:

—Perdónenos usted... La pobrecita Niní quería ver la fiesta...

Estalló toda la rabia de Juana y no pudo contener un impulso de violencia; agarró brutalmente a María por el brazo y la obligó a marchar delante junto con Niní.

.....

Mientras tanto, en el Marruecos lejano, Héctor Dubuin, tan ajeno a los dolores de su hija adorada, como Claudina, la madre de ella, había conseguido absorberse totalmente en el estudio y vivía casi feliz en su retiro de anacoreta.

En París, Claudina seguía ostentando por los salones y los grandes "cabarets", su dorada inconsciencia de mariposa.

Acodada en una enorme chimenea, contemplaba la joven la algazara del salón, lleno de parejas mecidas por el hechizo de una música de moda. Su mirada involuntariamente llegó hasta un ángulo de la sala, donde Mauricio Bertrand, rodeado de un manojito florido de mujeres, hablaba animadamente.

El viejo amigo de Bertrand, Nordier, vió

la mirada de Claudina, y en su ligereza de hombre de mundo, quiso darle un sentido que en realidad no tenía y exclamó confidencial y protector:

—¡Cuidado, Claudina! ¡Mauricio es un Don Juan peligroso!

—No tema, querido Nordier... En el "firt" no hay peligro.

Y en el solariego retiro de los Dubuin, lejos, en la dorada Provenza de los artistas, Niní, víctima ignorada de las pérdidas maquinaciones de la horrible Juana Lapierre, sufría el nuevo dolor de ver despedida a María, su querida amiga, su ángel bueno, a causa de la nefanda aventura de la Fiesta Mayor.

Niní ahora regresaba del colegio, y María, vestida con sus ropas de calle, asiendo su bagaje de pobre sirvienta, se iba para siempre de aquella casa, donde tanto había padecido.

Niní corrió a ella y se abrazó a sus piernas:

—¡María, María querida!

—Me voy a mi casita, Niní...

—¡Pues yo me voy contigo!—declaró, resuelta, la niña.

—Oh, no, monina mía; no es posible... Adiós.

Partió. Y su figura abatida, derrotada por el trabajo y el sufrimiento, se fué disminuyendo en la lejanía y desapareció a los ojos de Niní tras el velo tembloroso de las lágrimas.

Al día siguiente, en clase, Niní buscó afano-

samente su cuaderno extraviado. No comprendía. Miraba y revolvía su pupitre y su bolso,



—*Me voy a mi casita, Nini...*

y se estremecía de terror bajo la furiosa conminación de la enjuta maestra:

—¿Dónde tienes tu cuaderno? ¡Recuerda

bien dónde lo has dejado, porque te castigaré si no lo encuentras!

Y entretanto, el cuaderno de la infeliz criatura circulaba ocultamente por debajo de las mesas, de una mano cobarde a otra mano cruel. Y Nini se doblaba, rendida, exhausta, bajo el peso de tanta desgracia.

Al salir del colegio con su inseparable amiga Tulia, pasaron por delante de un puesto de efectos escolares, y se detuvieron. Nini examinó el cuaderno que le era necesario para suplir al desaparecido, y quiso comprarlo. Pero su exiguo capital no bastaba para la adquisición del cuaderno. Y la pobre niña se fué cargada de desolación y de miedo.

En casa, el temor de nuevos castigos hizo brotar en el corazón de Nini una resolución afrevida. Se dirigió cautelosamente al armario en que Juana Lapierre guardaba el dinero del gasto diario de la casa. Abrió un pequeño portamonedas y extrajo un franco. En su manita temblona, la moneda resplandecía como una promesa de liberación de las reprensiones y los castigos de la odiosa gobernanta.

Pero en aquel momento se abrió la puerta y surgió la cara encolerizada de Juana Lapierre. Sus ojos irritados y feroces comprendieron y definieron rápida y brutalmente en un alarido, la acción de la pobre criatura:

—¡Oh, Señor, qué escándalo! ¡Ladrona también! Cuando el abuelo lo sepa...

Horrorizada, Nini rogó comprensión y cle-

mencia, pero el ogro se complacía en la ruina de Caperucita y mostraba sus terribles colmillos devoradores.



Al salir del colegio pasaron por delante de un puesto de efectos escolares...

Y dejando a la criatura, Juana fué en busca del señor Dubuín.

—¡Oh, señor Dubuín! ¡Es inaudito, lo que se dice inaudito! ¡Ha robado dinero del cajón!

Niní se arrojó a la piedad de su abuelo, cie-

gamente, con las manos en oración, secos y febriles los labios, tendido su corazón en una imploración suprema. Dijo la verdad torturada por los sollozos, pero el señor Dubuín, lleno de



—¡Oh, señor Dubuín! ¡Ha robado dinero del cajón!...

las malvadas sugerencias de la odiosa ama de llaves, se desasió indignado, y gritó:

—¡Basta! ¡No quiero escuchar disculpas!...
¡Lo que ha hecho usted es muy grave, Niní!
¡Juana, enciérrela en el cuarto oscuro!

Juana quería más. El castigo transitorio y casero, no satisfacía sus deseos ni colmaba sus ambiciosos proyectos de deshacerse de aquella chiquilla que impediría que la herencia del señor Dubuin pasase poco menos que íntegra a su detestable hija Martina. Y se apresuró a aumentar, a fantasear cargos inícuos sobre la inocencia del pobre ángel.

El anciano admitió:

—¡Y mañana la meteremos interna en un pensionado!—declaró.

Juana Lapierre no pudo ahogar un estremecimiento de satisfacción. Cogió rudamente a Niní y la echó al cuarto osento, un pequeño desván en los sótanos de la casa, tétrico y frío como una prisión.

Desfallecida por tanto martirio, la infortunada niña cayó sobre las losas y recostó su torturada cabeza en un viejo mueble.

En el comedor, al sentarse a la mesa, el señor Dubuin miró con pena el sitio de Niní, que su ausencia dejaba vacío. Y tuvo un movimiento de indulgencia.

En cambio, la hija de la aventurera Juana Lapierre, sintió en la perversidad de su corazón el deseo de complacerse en el espectáculo del castigo inícuo infligido a Niní, y con este fin se escabulló diestramente y bajó a los sótanos. Abrió la puerta del desván y penetró en él descaradamente, profanando con su presencia el dolor de la pobre perseguida.

Se le acercó sañudamente, y pegándose con el puño en la barbilla, le murmuró:

—¡Rabia, rabia! ¡Tú irás a un pensionado, y yo seré rica!

Niní no pudo soportar ya tanto escarnio, y levantándose vivamente encolerizada, obligó a salir con enérgicos empujones a la infame chiquilla.

Martina, aterrorizada, echó a correr precipitadamente, y Niní, animada por la excitación que las burlas de Martina le habían provocado, observó que la atropellada fuga de la hija de la señora Lapierre había dejado abierta la puerta de su encierro.

Decidida y valerosa, Niní salió cautelosamente. Exploró las escaleras que descendían al sótano y tuvo un sobrecogimiento de miedo. Rápidamente se acurrucó en el quicio de la puerta del desván, dispuesta a refugiarse en él de nuevo, en caso de que alguien bajase. Silencio otra vez, y Niní, tranquilizada, fué avanzando sigilosamente hasta salir, por fin, a la libertad del campo.

Se decidió: puesto que allí nadie la quería, se iría en busca de María Lormedu, la dulce muchacha, única persona que le había demostrado cariño.

El bosque intrincado y amplísimo no daba a su viaje más orientación que el instinto y el trazo claro de un camino medio devorado por la vegetación.

Niní era valiente, y el descanso de haber huí-

do del suplicio de la férula de la odiosa gobernanta, la alentaba. Pero empezaba a perder el rumbo y la desconcertaban ya las sombras de la tarde. Subióse a una colina, con el fin de dominar el campo, pero para los ojos de la pequeña ciudadana el bosque era un enigma.

Descendió algo amedrentada y apeló al recurso de llamar fervorosamente a su amiga:

—¡María, María!

¡Pero María estaba tan lejos todavía! La joven, recogida en la soledad de su pobre cabaña extraviada en las entrañas del bosque, vivía humildemente su existencia dolorida y fría, que ahora tenía el encanto del recuerdo de Niní, su querida amiguita.

En casa del señor Dubuin, éste, incapaz de prolongar más el castigo de su nietecita, indicó a la gobernanta que la libertase y la trajese ya.

Disgustada, Juana Lapiere se dirigió a cumplir la voluntad de su señor, y bajó con una vela a los sótanos. Abrió el desván y llamó desde la puerta:

—¡Niní, ven al comedor! Tu abuelo te llama.

Nadie respondió. Irritada, Juana repitió su llamamiento, y como que la pequeña no contestaba, creyó que se habría dormido y penetró en el encierro con su luz. Un vivo estupor paralizó su ira: Niní no estaba. Buscó afanosamente, revolviendo todos los muebles arrinconados en la vieja cámara, y por último subió corriendo, consternada; y exclamó, entran-

do en el comedor, pálida y transtornada, temiendo la ira del señor Dubuin:

—¡Señor, señor! Niní no está en el cuarto oscuro! Debe haberse escapado!

El anciano señor, asombrado, se hizo repetir la extraña noticia, y profundamente desolado, dispuso inmediatamente las pesquisas necesarias para hallar a la niña.

Niní! entretanto, se extraviaba en la noche del bosque que se cubría de tinieblas pavorosas, de silencio y de misterio.

Los pasos de la pobre criatura, desorientados y vacilantes, se perdían entre las enormes frondas que proyectaban sombras fantásticas.

—¡María! ¡María!— gritó convulsamente Niní.

Y aterrada por el crujir de sus propios pasos, se refugió en un árbol. En aquel mismo instante, una hoja se desprendió de la gigantesca copa y cayó sobre Niní.

Horripilada, la niña se apartó y ya enloquecida por el espanto, cayó al suelo, llamando aún, mientras sus ojos se oscurecían en el vacío del desvanecimiento:

—¡María!... ¡María!...

Pero el ángel bueno de los niños había dirigido los pasos de Niní, que la habían conducido muy cerca de la casita de María, a cuyos oídos llegó confusamente su nombre, pronunciado por una voz querida:

—¿Niní?— se preguntó, angustiada, la joven.

Y tomando una linterna y un mantón, salió de su cabaña hacia la noche del bosque que le había llevado la voz de la pequeña.

En su desmayo, Niní soñó vagamente que de las tinieblas surgía la fiera cabeza del ogro de Juana Lapierre, que se le echaba encima. Pero la mala visión desaparecía de súbito y toda la selva se llenaba de la blanca claridad de un hada luminosa y rubia, que la cogía amorosamente en sus brazos y la salvaba del terror del bosque.

Y Niní se abandonó en los brazos de María Lormedu, que la llevaba presurosa a su casita.

* * *

Pasó la horrenda pesadilla, pero en el débil cerebro de Niní, el miedo dejó su huella.

Toda la ternura infinita que reventaba en el corazón de María, se derramaba entonces en cuidados y en ansiedades junto a la camita en que había depositado a Niní.

Al día siguiente, el abuelo, urgentemente avisado, se presentaba en la cabaña de María, y oía, trastornado, el diagnóstico conciso y preocupado del médico, que declaraba:

—Lo único que por ahora puedo decirle, es que la enfermedad es grave.

Juana Lapierre intentó intervenir en el cuidado de la nieta del señor Dubuin, pero María, furiosa, enérgica, le arrebató la taza de las manos, y le dijo, airadamente:

—¡Aquí no se la necesita a usted para nada!

¡En esta casa, no hay más dueña y señora que yo!

El telégrafo llevó hasta el retiro de Héctor



Pasó la horrenda pesadilla, pero en el débil cerebro de Nini...

Dubuin, la noticia de la gravedad de su hija; y el ingeniero, abandonando inmediatamente todos sus asuntos, partió aquella misma mañana en avión a reunirse con la niña.

A pesar de su delicado estado, Nini fué trasladada a casa de su abuelo, donde podría re-

cibir las comodidades del confort, sin privarse de la maternal atención de María.

Pero el médico manifestaba:

—La enfermedad se agrava por momentos... Mi temor es que de pronto se nos presente la meningitis...

Desolado el señor Dubuin se desplomó en un sillón.

—¡Y su madre, sin darse prisa a venir!— pensó, despreciando una vez más a la mujer con quien se había empeñado en casarse su hijo, sin su aprobación.

Pero Claudina, en París, se hallaba perpleja ante dos informes opuestos sobre la salud de su hija. Un telegrama la apremiaba con la concisión de su aviso:

“Nini muy grave. Venga pronto.—María.”

Y una carta recibida al mismo tiempo la tranquilizaba con estas palabras:

“No se moleste usted en venir, pues sólo se trata de un ligero resfriado sin ninguna importancia. Aprovecho esta ocasión, señora, para reiterarle la expresión de mi profundo afecto.—Juana Lapierre.”

Claudina presintió algo extraño en aquella disparidad de avisos, y nerviosa, resuelta e inquieta, ordenó a la camarera:

—Nos vamos a escape. ¡Prepáralo todo!

Y al poco rato, Claudina volaba por la carretera, hacia el lejano rincón de Provenza, donde sufría su hija.

.....

De pie a la cabecera de la cama de Niní, el señor Dubuín contemplaba entristecido a su nieta que, abrasada por la fiebre, se revolvía angustiosamente y emitía roncós gemidos de delirio.

—¡Pobrecita!—murmuró el abuelo.

De pronto, penetró María Lormedu en la habitación, llevando de la mano a Tulia, la humilde compañera de su amiguita. María corrió al lecho de Niní, le tomó las manos quemantes y las refrescó con sus besos.

Tulia se había acercado al señor Dubuín y explicaba, vehemente, calurosa, la causa que había inducido a Niní a cometer la acción de la que se habían derivado tan funestos acontecimientos:

—Fue Martina la que le quitó el cuaderro a Niní... Si ella cogió el dinero, era para comprarse otro...

Niní abrió los ojos, velados por la lumbre de la fiebre, y dejando su mirada en la cara amorosa, inefablemente dulce de María, que se inclinaba hacia ella, balbució, acordándose de su visión del bosque:

—¡El hada!...

El señor Dubuín miró interrogativamente a María y comprendió: verdaderamente era de bondad la expresión ideal de aquella cara marchita por los sufrimientos e iluminada por la resignación.

Niní cerró los ojos de nuevo y gimió:

—¡Mamá!

Y su mamá corría en el auto a través de las carreteras, salvando todos los obstáculos para acudir al llamamiento de su hijita, mientras Héctor, por las vías del aire, se acercaba ya al hogar paterno.

—¡Más deprisa! ¡Más deprisa!—pedía Claudina al "chauffeur".

Y el coche se exhalaba por los caminos a una velocidad feroz, mientras Héctor aterrizaba y se trasladaba rápidamente al encuentro de su hija.

Héctor irrumpió en la habitación de la enfermita, pálido de ansiedad.

—¡Hijo mío! — exclamó el señor Dubuín, abrazándole. Y ambos se acercaron a la cabecera de la amada criatura.

—¡Niní, vida mía, mírame, soy tu papá, tu papaito que te quiere mucho!—imploró el joven, arrodillado, junto a la cama, rodeando la blonda cabeza de su hija.

Ella gimió:

—Quiero estar con papá y mamá... y las muñecas... y Tulita...

Juana Lapierre, retirada como una sombra en un ángulo de la cámara, roía desesperadamente su despecho al verse olvidada por el trastorno de la enfermedad de aquella cdiada chiquilla.

Claudina penetró. Venía fatigada, rendida, torturada por la angustia.

—¡Niní! — murmuró dolorosamente, abrazando a su hijita.

Ante la presencia de aquella mujer detestada, el abuelo permaneció frío, casi hostil.

Y María, retirando su mano de la manita de Niní, la enlazó con la de Claudina. Se apartó ante la mujer que tenía sobre su niñita adorada los sagrados derechos de la maternidad, y su corazón humilde sufrió el conformado dolor de pensar que ella no era para aquella criatura querida más que una sirvienta.

Niní se revolvió en la inquietud de la calentura que la devoraba; la almohada en que descansaba su cuerpecito, resbaló. Rápidamente, Héctor y Claudina se inclinaron para acomodarla, y sus manos se encontraron bajo el almohadón. Se miraron, y ante su hija enferma de su abandono, se desvanecieron todos sus rencores. La incomprensión los separaba, pero por encima de Niní, un deseo común se tendía, como puente que uniese sus almas.

Claudina se repuso de aquella muda efusión con su espoco, y dirigiéndose al señor Dubuín, le tendió el telegrama y la carta recibidos simultáneamente, y dijo:

—Vea usted por qué no había venido antes...

El señor Dubuín tomó ambos papeles y leyó. Un vivo estupor se extendió por su semblante, y miró interrogativamente a Juana Lapierre, autora de aquella carta incomprensible, en que trataba de impedir que Claudina acudiese al lado de su hija.

Esta procuró sonreír y se excusó amablemente:

—Yo lo hice con la mejor intención del mundo... Quería ahorrarle a la señora el disgusto...

El anciano señor, preocupado y dudoso, la despidió para reunirse con sus hijos, que sobre el lecho de Niní sellaban un pacto de amor y de concordia:

—Olvidemos nuestros rencores, Claudina—habló Héctor, tomándole las manos—. No tenemos derecho a destrozar el corazón de nuestra hija, como lo hemos venido haciendo hasta ahora...

Claudina rindió la cabeza sobre el noble pecho de su marido, mientras el señor Dubuín bendecía su reconciliación con su perdón y su cariño.

María Lormedu había comprendido que su misión había terminado cerca de la pobre Niní, que ahora se hallaba ya bajo la segura protección de sus padres, y recogiendo su mantón, salió de la habitación. Antes de desaparecer inadvertida de todo aquel grupo feliz, que no reparaba en su heroica abnegación ni en ella misma, la pobre muchacha envió en una última mirada de despedida, todo su amor a la niña querida.

Y otra vez la perspectiva de su soledad se le ofreció en el árido camino hacia su casa. Caminaba lentamente, como si le doliese alejarse de aquella casa, en que quedaba su corazón.

Sus fuerzas se negaban a secundar su voluntad, y exhausta de aquel manso dolor que la ahogaba, cayó sobre una piedra del camino. No po-



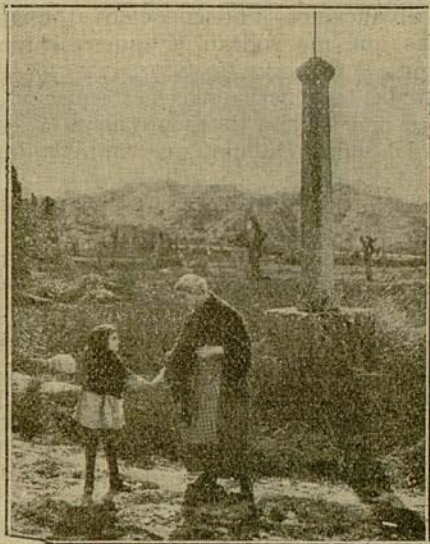
—*Olvidemos nuestros rencores, Claudina...*

día más; descansaría un poco... Le rodaron sobre el pecho unas lágrimas, y se quedó inmóvil largos instantes.

Pero Tulia, la pequeña compañera de Nini, había salido tras ella y corría a su encuentro, llamándola a voces:

—¡María! ¡María!

La divisó y llegó jadeante hasta ella.
—Ven... Te llama el abuelo de Nini—le dijo abrazándola.



—*Ven, te llama el abuelo de Nini...*

Y tomándola de una mano, Tulia puso toda la energía de su alegría en reanimar el corazón de la desgraciada María, que se dejaba conducir.

En su despacho el señor Dubuin conferenciaba con el notario Barrault ante la señora Lapierre y Martina, su hija.

—Aunque un poco tarde — declaró serenamente el anciano—, he conocido al fin a las personas que me rodean, y quiero enmendar un error...

Asustada, la gobernanta se estremeció. Pero encontró una sonrisa de asentimiento a las palabras del señor Dubuin, que tanto la inquietaban.

El abuelo de Niní, examinó el acta notarial redactada hacía poco tiempo, y leyó:

“...y en recompensa de sus buenos servicios, hago donación a Juana Lapierre de una suma de trescientos mil francos...”

Enérgicamente, el señor Dubuin borró con la pluma el nombre de la perversa gobernanta y puso encima el de María Lormedu. Después, volviéndose a Juana y a su hija que permanecían anonadadas, pero mirándolo furiosamente, ordenó:

—¡Y usted y Martina, se marchan de esta casa ahora mismo, para no volver a poner los pies en ella!

Juana y su cachorro salieron, sacando espumarajos de rabia. Aún la idiotez de Martina tuvo ánimo para gimotear:

—¿Lo ves, mamá? ¡Ahora ya no seré una señorita rica!

Enfurecida, su madre la zarandeó y la pegó,

satisfaciendo en ella toda la saña que estallaba en su sangre en aquellos momentos.

—¿Te callarás, estúpida?

Las dos arpías castigaban mutuamente sus fechorías.



En el alma pura y buena de María floreció como un lirio la felicidad...

* * *

En el alma pura y buena de María floreció como un lirio divino la felicidad al saber que iba a quedarse para siempre junto a su amada Niní. Y la niña a la que sólo faltaban el cariño, los mimos, las atenciones de que la divergencia de temperamentos de sus padres la había privado, ahora sintiéndose rodeada de la solicitud y de la devoción de todos, renació de nuevo a la vida, y la salud no tardó en inundar su cuerpo.

Abrazada al cuello de Héctor y Claudina, sentada en las rodillas de su abuelo, Niní exclamó:

—¡Ahora sí que no me volveréis a dejar nunca... nunca... El hada del bosque no lo quería...

El recuerdo de su visión en el bosque persistía todavía en el cerebro de la niña, con la agradable impresión del hada luminosa y blanca que la había salvado de la noche y de Juana Lapierre.



Cuando Niní hubo recobrado por completo la salud, se celebró un gran banquete...

En aquel instante penetraba María en la cámara. Y Niní vió en su fisonomía dulce y blonda, la visión de su sueño maravilloso, y gritó admirada, emocionada:

—¡ Mirad!... ¡ El hada!...

Y desde aquel día, todos miraron con respeto, con devoción, al hada buena de Niní.

Cuando Niní hubo recobrado por completo la salud, se celebró un gran banquete en su honor, al que asistió también Tulita, la condiscípula de la pequeña festejada.

María, encendida de dicha, servía la mesa en compañía de Claudina, mientras Niní, en la presidencia, sonreía como una reinecita.

Y pasó el sueño cruel, y la alegría de vivir entre la unión cordial, sincera, de sus padres y del cariño de su abuelo fué borrando, poco a poco, los malos recuerdos de la niña, que ya sólo evocaba al hada milagrosa y blanca del bosque al contemplar el rostro inefable de su María.

FIN

Próximo número:

la adaptación del vigoroso drama del preclaro autor JOSÉ ECHEGARAY

MANCHA QUE LIMPIA

Interpretada por los célebres artistas
AURORA REDONDO, CARMEN VIANCE,
MODESTO RIVAS, etc.

¡EXITO ENORME!

Postal-fotografía-regalo: LILIAN HARVEY

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Sale todos los miércoles Precio: 25 céntimos
¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

LEA USTED

el libro 11 de las selectas EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

VIDA BOHEMIA

por Lillian Gish, John Gilbert, Renée
Adorée, Roy D'Arcy, Karlidane, etc.

¡ SIEMPRE LO MÁS GRANDE !

COMPRE USTED

la preciosa novela

Una Yanqui en la Argentina

por Gloria Swanson y Antonio Moreno

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
de

La Novela Semanal Cinematográfica

TRES GRANDES ÉXITOS

LA NOVELA FAVORITA

(Colección de Novelas originales de reputados autores)

Un aviador de quince años

(Novela de aventuras, por cuadernos)

y

Aventuras de cuatro muchachos alrededor del mundo

Ediciones BISTAGNE